

ENSAYO

SI SANTO TOMAS ESTUVIESE VIVO HOY...*

Michael Novak**

En el siguiente ensayo se intenta establecer en qué sentido ciertos conceptos esenciales del pensamiento político de Santo Tomás de Aquino se relacionan con posteriores formulaciones de la tradición política *Whig*.

De acuerdo al autor, uno de los mayores legados de Santo Tomás a la tradición intelectual católica consiste en haber legitimado, dentro de una visión cristiana, un humanismo realista, contrario tanto a nostalgias respecto del pasado como a utopismos acerca del futuro. Seis proposiciones resumirían, en un primer análisis, aquellos elementos de la filosofía política de Aquino que los *Whigs* aplicarían con el tiempo en sus proposiciones políticas. Por otra parte -se sostiene-, ellas son también indicativas de los grandes esfuerzos que aún resta por hacer para esclarecer los fundamentos intelectuales de

*Ensayo preparado para la revista *Crisis*. Una versión anterior fue publicada en el libro del autor *The Hemisphere of Liberty* (Washington D. C.: American Enterprise Institute, 1990). Su traducción y reproducción cuentan con la debida autorización.

**Teólogo y ensayista. Director de Estudios Políticos y Sociales del American Enterprise Institute. Ha escrito más de veinte obras sobre filosofía, política, economía, teología y cultura. Entre ellas, cabe mencionar *El espíritu del capitalismo democrático* (1982); *Free Persons and the Common Good* (Lanham: Madison Books, 1989) y su libro más reciente: *The Hemisphere of Liberty* (Washington D.C.: American Enterprise Institute, 1990). *Estudios Públicos* ha publicado numerosos ensayos del profesor Novak; los últimos son "Estructuras de virtud, estructuras de pecado" y "Las virtudes de la empresa: Reflexiones sobre la comunidad y la persona", en los números 31 y 35, respectivamente.

las sociedades libres de hoy e imprimirles a sus instituciones aquellos principios en virtud de los cuales puedan llegar a ser más humanas, razonables y capaces de autorrectificación.

El tema sobre el cual ustedes me han pedido que les hable, "Si Santo Tomás estuviese vivo hoy..." me planteó por un momento un problema, hasta que recordé lo que Yogi Berra hubiera añadido: "...estaría dándose vueltas en su tumba".

Pero parte del problema permanece: ¿cómo hacer justicia a la revolución espectacular que Santo Tomás efectivamente llevó a cabo en el curso de su vida? Sería necio no ver lo que realmente hizo por dedicarse a especular sobre las batallas que hipotéticamente estaría librando si hoy estuviese vivo. Todos los grandes pensadores permanecen vivos como una parte íntima de la conversación en la que por siglos nos encontramos envueltos.

Encontramos las ideas de Tomás de Aquino en prácticamente todos los tribunales en que se aplican los criterios de culpabilidad total y de atenuantes; cada vez que se intenta construir una legislación internacional; en la separación conceptual entre las cosas de Dios y las materias propias del Estado; en el uso de conceptos que él fue el primero en formular y ordenar como "secular", "conciencia", "voluntad" y "persona". Ni Dante en la poesía dramática ni San Juan de la Cruz en la mística son concebibles si los pensamos separados de la obra de Tomás de Aquino. La "tradición occidental" descansa en Aquino como el puente sólido que une a los antiguos (Moisés y los profetas, los griegos, Jesús, Cicerón y los grandes Padres de la Iglesia) con la edad moderna. El escribió verdaderamente una *Suma*, una síntesis arquitectónica. Si sacamos a Tomás de Aquino, el puente se desploma. A diferencia de Descartes, Hobbes y otros modernos, Aquino sí conocía a los autores antiguos. Una mayor sofisticación de aquellos modernos podría haber salvado a varias generaciones de ciertas confusiones elementales acerca de las pasiones, las virtudes, los sentidos, la razón y otros conceptos básicos.

Hoy día quisiera concentrarme solamente en uno de los logros de Santo Tomás. La clave me viene de Friedrich von Hayek, quien, mientras reclamaba para sí la noble denominación de *Whig* (en *The Constitution of Liberty*), cita como parte de su "ascendencia" la afirmación de Lord Acton de que Tomás de Aquino fue el primer *Whig*¹ ¿Qué significa esta adjudica-

¹ Friedrich A. Hayek, *The Constitution of Liberty* (Chicago: University of Chicago Press, 1978) p. 457, n.4.

ción? ¿En qué sentido es merecida por Santo Tomás? Para contestar estas preguntas pienso que lo más apropiado es recoger, en primer lugar, lo que Tomás de Aquino logró realizar desde su nacimiento en las afueras de Ñápoles, en 1221, hasta su muerte, en 1274, unos cuarenta y nueve años más tarde. Terminaré intentando situar el alcance de su pensamiento en los Estados Unidos de la década de 1990. Permítanme observar, dicho sea de paso, que el tiempo transcurrido entre la vida de Aquino y nosotros, unos 700 años, es aproximadamente la mitad del tiempo transcurrido entre su vida y la de Aristóteles, cerca de 1.500 años antes.

1. Las batallas de Tomás de Aquino

En 1245, a la edad de veintiún años, Tomás de Aquino comenzó sus estudios en la Universidad de París. (Como lo prescribía la regla dominica, caminó desde Ñápoles a París.) La *Ética Nicomaquea* de Aristóteles había sido recién descubierta después de siglos de desaparición. El clima intelectual, de otro modo, estaba completamente impregnado por los estudios de los libros judíos y cristianos de la Biblia y de los Padres de la Iglesia y, especialmente, de los cristianos que seguían la escuela filosófica de Platón. Platón (conocido entonces sólo a través del *Timeo*) era llamado "el divino Platón" por sus inclinaciones místicas, mientras que Aristóteles, conocido sólo por sus libros de lógica, era llamado el "materialista" y el "ateo". Algunos de los autores estudiados entonces por Aquino sostenían que fuera de la gracia de Cristo no era posible alcanzar la verdadera virtud, en verdad, a menos que un hombre profesase la fe cristiana y estuviese redimido por la gracia, el pecado abundaba y cualquiera que no fuese cristiano no podía ser siquiera un verdadero y cabal ciudadano.

* * *

Pero quisiera subrayar por qué este pesimismo, parcialmente teñido de agustinismo, hacía sentido desde el punto de vista de la experiencia. El mal que abundaba entre los hombres de esa época semibárbara era en todas partes evidente. Los teólogos medievales tenían una visión bastante realista de los asesinatos, rivalidades y libertinaje al que se entregaban especialmente los hombres más privilegiados de la época. Aquel a quien Shakespeare llamara "el criminal Maquiavelo" describiría luego los múltiples males que se daban incluso en las cortes papales. El adulterio y las violaciones abundaban. Los muros de las pequeñas ciudades montañosas eran necesariamente altos y gruesos para defenderlas del desenfreno y la violencia rampantes en las

campiñas. Lo que había de "paz cristiana" se refugiaba en las ciudades; los campesinos eran llamados "paganos" y, a menudo, estaban apenas cristianizados (como sucede hasta nuestros días, si creemos lo que dicen novelas como "*Cristo se detuvo en Eboli*"). El comportamiento de los hombres en el siglo XIII no daba pie para una visión demasiado optimista de la virtud humana. Considérense, por ejemplo, los círculos del *Infierno* de Dante, la historia del rey Ricardo III, las pinturas del infierno en los frescos de la Catedral de Orvieto y (siglos más tarde) la Capilla Sixtina de Miguel Ángel. No se trata exactamente del paraíso en la tierra.

Por contraste, la visión de Tomás de Aquino era todo menos sombría. En verdad, el sobrenombre que se le dio por su serenidad era de "Doctor Angélico". Esto no significaba que estuviera fuera del mundo; por el contrario, fue de una controversia a otra y de una lucha por el poder a otra, y, de hecho, murió en camino hacia una sesión del conflictivo concilio de la Iglesia en Lyon. Más bien, el epíteto apuntaba a sus extraordinarias capacidades para mensurar desapasionadamente los elementos de juicio. Era famoso por su capacidad de hacer justicia a los argumentos más diversos, con una aptitud mayor que la de ningún otro escolástico anterior (y quizás posterior) a él.

En la materia que ahora nos concierne -las justas exigencias naturales en el mundo de la gracia- Tomás de Aquino fue uno de los primeros hombres del Occidente cristiano que tuvo en sus manos una buena traducción latina de la *Ética Nicomaquea* y de la *Política* de Aristóteles. Esta traducción fue hecha, a petición suya, por su colega William Moerbeke; ambos habían estudiado en Colonia junto a uno de los más grandes pensadores de aquella época, San Alberto el Grande. Fortalecido con sus propios estudios de la Sagrada Escritura, de los Padres de la Iglesia y en particular de los elocuentes escritos de San Agustín sobre la debilidad de la voluntad humana, Aquino inició sus magníficos comentarios a la *Ética* de Aristóteles. Aristóteles había sido introducido en Occidente a través de los comentarios árabes y musulmanes, los que sugerían una especie de panteísmo y de materialismo. Aunque el Aristóteles arabizado resultaba profundamente perturbador para el medio intelectual de la época, Aquino encontró en el texto auténtico muchos elementos vigorizadores. Sin importar lo que dijeran los fundamentalistas bíblicos de su tiempo, Aquino tenían en sus manos una prueba manuscrita de lo que Aristóteles -sin conocer a Moisés, ni a los profetas, ni las enseñanzas de Cristo- pudo discernir acerca del modo en que los seres humanos actúan o pueden actuar en este mundo. Y Tomás de Aquino lo encontró moralmente admirable.

Independientemente de cualquier revelación bíblica, Aristóteles había discernido, por así decirlo, lo que el Creador había inscrito en la naturaleza

de sus creaturas humanas. Aquino honró profundamente esta evidencia. Ella le ayudó de manera importante a comprender la teología cristiana, a cartografiar su relación con las obras de la inteligencia humana no asistida por la gracia. Ella hacía surgir muchas cuestiones más profundas acerca de la fe cristiana misma. Se trataba, pensaba él, de un don inapreciable. Aunque la propia vida de Aquino estaba fundada en un compromiso total con la fe de Cristo, llegó a llamar a Aristóteles *Magister*, el Maestro, en materias de sabiduría humana autónoma, especialmente en materias que hoy día llamamos "humanidades".

No se trata de que Aquino vacilara en ir más allá de Aristóteles. Gracias a la experiencia judía y a la experiencia cristiana, Aquino tenía nociones mucho más claras y acabadas que Aristóteles respecto de conceptos éticos básicos tales como *conciencia*, *debilidad de la voluntad*, *persona* y *comunidad*, entre otras. Sobre todo, tenía un sentido menos aristocrático, es decir, más igualitario de la *virtud* y el *carácter*. Aristóteles había escrito para una élite especial, la clase aristocrática guerrera, mientras que Aquino sabía que el judaísmo y el cristianismo se dirigían a las viudas, a los huérfanos, a los pobres y, sobre todo, a todos los seres humanos en su simplicidad.

Permítanme detenerme un poco para reflexionar sobre una dificultad que no quisiera que pasase inadvertida. Hubo una época en que uno de mis mayores placeres intelectuales fue la lectura minuciosa -línea a línea- del *Comentario a la ética nicomaquea*, de Santo Tomás, uno de mis libros favoritos de todos los tiempos. Porque en él uno encuentra con la mayor fuerza *dos* grandes tradiciones en un diálogo estrecho, respetuoso y detallado: la Atenas de Aristóteles y la Jerusalén de Santo Tomás. Aquino era, por sobre todo, un teólogo: un teólogo cuyo norte era el concepto de *caritas* (mal traducido como "caridad" y peor aún, aunque más elocuentemente, como "amor", como en la traducción de Dante "El amor que mueve el sol y las estrellas"). Sin embargo, la mayoría de sus lectores pierde el alcance global de su obra, su marco teológico. El diseño global de la *Suma Teológica*, por ejemplo, es el de un reloj de arena: comienza en Dios, desciende hacia el hombre y luego vuelve hacia Dios.

Tuve una vez en Roma un amigo, mayor que yo, que me confió haber leído nueve veces los cuatro volúmenes enormes de la *Suma Teológica* en su versión latina, y "la primera vez sólo para conocer el alcance global del argumento". Es sumamente importante ver la forma y flujo de un reloj de arena. Asimismo, además de leer largos pasajes en distintas clases (mis profesores, felizmente, no creían en el uso de libros de texto, sino sólo de las fuentes), yo mismo los había usado por años como material de meditación por las mañanas, leyendo tanto como fuera necesario para sostener una

actitud de oración ante el Santísimo Sacramento. Esto es, leer el texto en el espíritu de oración con el que Santo Tomás lo escribió. Esas fueron horas felices.

Sin embargo, lamentablemente, Aquino ha llegado a los estudiantes norteamericanos más como filósofo que como teólogo. La mayoría lee solamente lo que interesa a aquellos profesores de filosofía a cuyas clases asisten, y a menudo los textos filosóficos de Santo Tomás se leen fuera de su contexto, de su horizonte y de presupuestos tales como los que aparecen en el tratado sobre las leyes o las pruebas de la existencia de Dios o la estructura de las acciones humanas. Sin estos elementos, el pensamiento de Aquino queda en cierto modo despojado.

Por añadidura, algunos de los más grandes tomistas de nuestro siglo han sido filósofos: Etienne Gilson, Jacques Maritain, Antón Pegis, Yves R. Simón, Josef Pieper y muchos otros. Todo esto es bueno y es valioso. Sin embargo, cuando se separa a Santo Tomás de su teología, y sobre todo de su anclaje en la *caritas* (es decir, del amor de Dios que los hombres comparten), emerge un Tomás de Aquino muy disminuido en relación a la gran figura intelectual que realmente fue, y se le deja expuesto a las acusaciones de los teólogos que lo despachan simplemente como "otro Aristóteles más". En verdad, Tomás tuvo que ser más profundo que Aristóteles, tuvo que conocer más tradiciones que eran desconocidas para Aristóteles, para así poder situar y "rescatar" a este último para Occidente. Tuvo que hacer muchas más distinciones y dar cuenta de un material mucho más vasto que el que Aristóteles pudo tratar. Para poder pararse sobre los hombros de Aristóteles, tuvo que subir más alto.

Aunque en este trabajo pretendo tratar sobre todo problemas filosóficos, con el objeto de abordar a Tomás como "el primer *Whig*", es importante para mí -como ciertamente lo sería para Aquino- señalar que estoy omitiendo mucho de lo que también se podría decir *teológicamente* sobre algunos de estos mismos temas. Los materiales que yo he intentado extraer proceden más bien del terreno filosófico de su pensamiento -específicamente de su filosofía política-. En verdad, la legitimidad misma de este procedimiento es uno de los grandes logros de Santo Tomás para la historia intelectual cristiana.

* * *

Al considerar la tesis de sus predecesores, es decir, que sólo aquellos salvados por la gracia de Cristo podían ser verdaderamente buenos hombres o buenos ciudadanos de la ciudad humana, Tomás de Aquino apuntaba a una

evidencia manuscrita: el texto de Aristóteles mostraba cómo los seres humanos pueden seguir los imperativos inscritos en su naturaleza para llegar a ser buenos hombres y buenos ciudadanos. Tomás vio esto y "vio que esto era bueno". Estos factores, por sí solos, podían o no ser suficientes para su salvación, dependiendo de los caminos invisibles de la gracia que el Creador había esparcido por todo el universo que El había creado y redimido. Si era suficientemente bueno para el Creador, lo era mucho más para Tomás -quizás no suficiente para todos los propósitos, pero legítimo, totalmente bueno y digno de alabanza, tal como era.

En otras palabras, Aquino distinguía ser "bueno" de ser "salvado". Quería, por así decirlo, honrar el trabajo del Creador, pero de ninguna manera a expensas del Redentor. Tomás explicaba que la ventaja que tienen los judíos y los cristianos es que "nuestro Dios es razonable".² (Albert Einstein recogió más tarde esta línea de pensamiento cuando decía que "Dios no juega a los dados".) La naturaleza es buena. La filosofía -al proceder conforme a sus propias reglas de evidencia y sus propios métodos- es buena; no sólo buena sino el más alto y más legítimo de los quehaceres humanos, aparte de las obras de la fe. Las vocaciones de filósofo, de científico y de artista son nobles y los cristianos pueden practicarlas; son buenas en sí y deben ser valoradas por sí mismas, y si son adecuadamente coordinadas también pueden y deben ser un instrumento ordenado a enriquecer la fe.

En suma, la fe no contradice a la naturaleza ni el Redentor contradice al Creador. La fe no contradice a la ciencia ni al conocimiento humano. Entonces, si así lo pareciera, significa que nos está faltando algún elemento y que debemos comenzar a pensar de nuevo desde dos ámbitos. A los ojos de Dios, el mundo existente es uno solo, captado en la eterna simultaneidad de la visión divina. Para rendir culto al verdadero Dios, los hombres no necesitan ponerse en cuatro pies. En verdad, el hombre más amado por Dios es aquel que se mantiene erguido y libre, abierto a la gracia que no puede alcanzar con la visión puramente humana ni tampoco sin la ayuda adicional de una gracia especial de Dios. Aún así, Santo Tomás reivindica la bondad, la autenticidad y la nobleza de los hombres que Dios creó a su imagen.

Este es la mayor gloria de la tradición intelectual católica: a través de Tomás de Aquino se legitimó, dentro de una visión cristiana, todo lo que es bueno en la naturaleza humana y en el esfuerzo humano. (Sin esto, sería difícil imaginar la herencia artística de Roma.) Este humanismo cristiano, el "humanismo integral", como lo llamó Jacques Maritain en su famoso e

²Thomas Aquinas, *An Essay on Christian Philosophy*, trad. reverendo padre Edward H. Flannery (Nueva York: Philosophical Library, 1955), pp. 20, 21-22.

influyente libro escrito justo antes de la segunda guerra mundial,³ no es en absoluto ciego a la debilidad, al pecado y a todo el potencial de maldad que existe en el ser humano. Sin embargo, este humanismo comparte la satisfacción que el Creador tuvo con Su creación y especialmente con Su creatura más amada, el hombre. El humanismo más realista, sin ilusiones, es decididamente contrario a la nostalgia del pasado o al utopismo del futuro. Y quizás también sea el humanismo menos cerrado a lo trascendente y más consciente del juicio de Dios. Pero de seguro es humanismo.

El logro de dicho humanismo constituye el primer sentido en el que resulta legítimo hablar de Tomás de Aquino como "el primer *Whig*".

2. "El primer *Whig*"

Al definir el término *Whig* para sus propios propósitos, Friedrich Hayek parece suponer una prueba triple: en primer lugar, los *Whigs* constituyen el partido de la libertad. Para ellos, la clave de la historia de la humanidad es la libertad humana. Así, por ejemplo, el mismo Lord Acton, cuando alaba los primeros movimientos libertarios de los nobles que se unieron en torno a Simón de Montfort, señala que sus luchas contra el rey fueron más claramente expresadas por un joven clérigo de la Orden de los Predicadores en la lejana Italia⁴. La libertad es, entonces, el primer tema.

³Cf Jacques Maritain, *Integral Humanism: Temporal and Spiritual Problems of a New Christendom*, trad. Josef W. Evans (Notre Dame: University of Notre Dame Press, 1973).

⁴Acton cita un texto que atribuye a Tomás de Aquino y agrega el siguiente comentario:

"Un rey que no es fiel a su deber pierde su derecho a exigir obediencia. Deponerlo no es rebelión, pues él mismo es un rebelde a quien la nación tiene derecho de derrocar. Pero es mejor reducir su poder para que no pueda abusar de él. Para este propósito, toda la nación debería tener una participación en el gobierno; la Constitución debería combinar una monarquía limitada y electiva con una aristocracia meritoria y con un elemento democrático, de manera tal que admita a todas las clases al poder mediante la elección popular. Ningún gobierno tiene el derecho a cobrar impuestos más allá del límite determinado por el pueblo. Toda autoridad política deriva del sufragio popular y todas las leyes deben ser hechas por el pueblo para sus representantes. No habrá seguridad para nosotros en tanto dependamos de la voluntad de otro hombre". Este lenguaje, que contiene la más temprana exposición de la teoría *Whig* acerca de la revolución, está tomada de la obra de Santo Tomás de Aquino, de quien Lord Bacon dijo que tenía el corazón más grande de todos los teólogos. Y vale la pena hacer notar que Tomás escribió al mismo tiempo que Simón de Montfort convocaba a los Comunes; y que la política del fraile napolitano se adelantó en varios siglos a la del estadista inglés. ("The History of Freedom in Christianity", en Lord Acton, *Essays on Freedom and Power*, selección con una nueva introducción de Gertrude Himmelfarb (Nueva York: Meridian Books, 1955).

Segundo, los *Whigs* reconocen que sus antepasados fueron, a lo menos, tan serios y brillantes como ellos mismos, y guardan amorosamente su patrimonio. (Chesterton decía: "La tradición es la democracia de los muertos"). Los *Whigs* valoran el aprendizaje implícito y la originalidad práctica que se acumula a través del tiempo gracias a los experimentos de las generaciones pasadas, y respetan profundamente el aprendizaje lento, parcial, y sin embargo orgánico, que se da a través del ensayo y del error. En una palabra, los *Whigs*, en contraste con los utopistas, los revolucionarios, los "políticos teóricos" (como los llamaba James Madison⁵) y los ideólogos (en su sentido original decimonónico), otorgan mucho valor a las lecciones de la experiencia, a las cosas ensayadas y probadas, a la tradición, a la comunidad y a los valores aprendidos de forma orgánica y tácita, y a menudo en un plano que no se expresa verbalmente. Esta más que cualquier otra característica distingue a los *Whigs* de los "progresistas" fascinados por las ideas nuevas y brillantes. Primero, la libertad, luego la tradición.

Tercero, los *Whigs* son pensadores que aman más lo existente que las esencias. Reconocen que los hombres deben crear, por las leyes de la acción humana, lo que aún no existe. Acogen el desafío de crear, de aventurar, de actuar incluso en medio de la duda, las incertidumbres y las meras probabilidades. Esta característica distingue muy claramente a los *Whigs* de los tradicionalistas o (como ahora se suele decir) de los paleoconservadores. La teoría *Whig* de la acción se centra en el futuro. A diferencia de los antiguos griegos, y acogiendo una lección que viene del judaísmo y del cristianismo, los *Whigs* creen que la vocación humana consiste en construir, con paciencia y lentitud, mejores instituciones para el futuro. Sin embargo, no se trata de construir un futuro absolutamente mejor, puesto que los *Whigs* no esperan que la naturaleza cambie, sino de construir mejores instituciones para el futuro, es decir, *instituciones* más acordes con la dignidad de los hombres y las mujeres libres.

Si no creyesen en el lento progreso de la humanidad, los *Whigs* tendrían que creer que la naturaleza humana hace a los hombres impermeables a las lecciones del pasado, incapaces de imaginar e incompetentes para lograr mejores prácticas al interior de las instituciones. Puesto que los *Whigs* son el partido de la libertad y la tradición, también son el partido de la esperanza, una esperanza realista, una esperanza modesta, una esperanza

⁵Alexander Hamilton, James Madison, John Jay, *Federalist* 10, *The Federalist*, con una introducción, una tabla de materias y un índice de ideas elaborados por Clinton Rossiter (Nueva York: New American Library of World Literature, 1961), p. 81; véase también la referencia a "Utopian Speculations", *Federalist* 6.

equilibrada y cuidadosamente controlada; ciertamente, los *Whigs* no son el partido del fatalismo ni de la nostalgia por una Edad de Oro perdida.

En una palabra, los *Whigs* son el partido de la libertad, la tradición y el progreso moderado. Sin embargo, como Hayek lo ha planteado con tanta fuerza,⁶ el autodeterminarse "progresista" en estos tiempos significa quedar identificado, en contra de la propia voluntad, con el eufemismo con que la izquierda designa sus siniestros sueños de dominación. Si se los compara con los progresistas de la izquierda actual, los *Whigs* tienen demasiado respeto por la tradición para caer en la neodoxia, es decir, la doctrina que sostiene que lo que no ha sido probado y es nuevo es mejor. Sin embargo, por otro lado, puesto que creen en la libertad ordenada, los *Whigs* contemporáneos difícilmente podrían ser llamados "conservadores" (en el sentido coloquial actual); la sociedad libre, bajo la inspiración de la libertad, está siempre abierta a la creatividad. Así, su conservantismo está temperado por el deseo de probar nuevas tendencias, de probar los buenos resultados de los experimentos, e incluso -mientras se está experimentando- controlar y equilibrar las tendencias al autoengrandecimiento.

Thomas Jefferson escribía que, de este lado del Atlántico, casi todos los pensadores importantes eran *Whigs*.⁷ En efecto, una de las grandes alabanzas a esa búsqueda del equilibrio entre la esperanza y la experiencia de los verdaderos *Whigs* la formuló James Madison en el número 14 del *Federalist*; en él, agudamente consciente de la novedad de la Nueva Constitución Norteamericana, quiso recordar también su respeto por las certeras lecciones aprendidas del pasado.

¿No es acaso la gloria del pueblo norteamericano el que, rindiendo el respeto debido a las opiniones de otros tiempos y de otros pueblos, no haya caído en una veneración ciega de la antigüedad, la costumbre o los grandes nombres, dejando que éstos prevalecieran por encima de las sugerencias de su propio buen sentido, el conocimiento de su propia situación y las lec-

⁶Véase el ensayo de Hayek "Why I Am Not a Conservative" en *The Constitution of Liberty*, pp 397-411.

⁷A propósito de la Declaración de Independencia, Jefferson escribía: "En relación a nuestros derechos y a los actos del gobierno británico contraviniendo esos derechos, había una sola opinión a este lado del Atlántico. Todos los *whigs* americanos tenían el mismo pensamiento al respecto". (Carta a Henry Lee, 5 de mayo de 1825 en *The Life and Selected Writings of Thomas Jefferson*, editado por Adrienne Koch y William Peden, [Nueva York: Modern Library, 1972] p. 710). Véase también Hayek, *The Constitution of Liberty*, p. 409.

ciones de su propia experiencia? La posteridad estará en deuda con esta demostración de un espíritu valiente, y el mundo tendrá como ejemplo las numerosas innovaciones desplegadas en América en favor de los derechos privados y de la felicidad pública.⁸

Ahora bien, en estos tres sentidos -su compromiso con la libertad, su amor por la tradición y su sentido de esperanza realista y de progreso moderado- ¿podemos decir que Santo Tomás fue un *Whig*? Ningún lector de su obra puede dejar de notar su celo por reivindicar estos tres principios. Pero se trata de principios generales, de perspectivas y orientación. Creo que lo que aquí necesita ser adicionalmente probado es que su visión política estableció las bases de principios específicos y prácticos que más tarde serían útiles a las sucesivas generaciones de *Whigs* para la construcción de nuevas instituciones de libertad política. Es en este sentido que plantearé mi argumentación.

3. La civilización de la libertad

Resulta engañoso, por cierto, tratar a una figura histórica fuera de su propio contexto. No sería legítimo preguntarse si Santo Tomás fue un *Whig* en el mismo sentido que Thomas Jefferson, James Madison, Edmund Burke, Adam Smith, Lord Acton o Friedrich Hayek. La pregunta más precisa es: ¿qué ideas sostuvo Santo Tomás que podrían permitir a aquellos que hoy preservan la tradición *Whig* contarlos entre los suyos? Hay seis proposiciones de Aquino que parecen singularmente importantes y necesarias para el temperamento *Whig*.

Primera tesis: La civilización está constituida por una conversación razonada. Dos de los más distinguidos tomistas de nuestro tiempo, Thomas Gilby, O.P., y John Courtney Murray, S.J., ofrecen el siguiente resumen del pensamiento de Aquino: "La civilización está formada por hombres trabados en una discusión. A partir de este diálogo, la comunidad se transforma en una comunidad política"⁹. Para Aquino, el rasgo más decisivo del ser humano es

⁸ *Federalist* 14. Véase también la observación de Hamilton en el sentido de que "la experiencia es la guía menos falible de las opiniones humanas", *Federalist*, 6.

⁹ Thomas Gilby, citado por John Courtney Murray, en *We Hold These Truths: Catholic Reflections on the American Proposition*, (Nueva York: Sheed and Ward, 1960), p. 6.

la búsqueda de la verdad, movida por un amor a la verdad (venga lo que venga), capaz de adquirir un conocimiento en materias complejas y en circunstancias fortuitas, capaz de poner a prueba y de llegar a juicios prácticamente no condicionados en cuanto a la verdad o falsedad de esas hipótesis. Este imperativo de verdad -este impulso por comprender y la necesidad incansable de inquirir- es de tal modo inherente a la naturaleza humana, que tratar a un hombre desconociendo estos elementos es, en algún sentido, hacer violencia a su naturaleza. "La comunidad política -escribió Santo Tomas- es la construcción soberana de la razón". Y elaboró así este planteamiento:

[L]as creaturas racionales están gobernadas para su propio beneficio, mientras que las otras están gobernadas para beneficio del hombre. Los hombres son principales, y no meramente instrumentos.¹⁰

Por tanto, los hombres deben ser tratados (aunque a menudo, por cierto, no es así) como animales libres, razonables e interrogantes. Deberían ser inducidos mediante la persuasión racional y no por la fuerza -ni tampoco por la demagogia o la seducción-. (Tomás sabía de la seducción; queriendo disuadirlo de tomar el voto de castidad, sus hermanos contrataron a una prostituta y la enviaron desnuda a la habitación en la que él se encontraba solo. Quizás esto no hablaría bien de él a algunos de nuestros contemporáneos, pero en esa ocasión, a diferencia de Barney Frank, Santo Tomás adoptó un medio distinto al de la persuasión racional; sa-

¹⁰Saint Thomas Aquinas: *Philosophic Texts*, selección y traducción de Thomas Gilby (Nueva York: Oxford University Press, 1960), p. 370 (*Commentary, I Politics*, lect. I) y p. 356 (*III Contra Gentiles*, III-16). Sobre la necesidad de colaboración entre las creaturas razonables, Tomás escribe:

"El hombre ... tiene un conocimiento natural de las cosas que son esenciales para su vida sólo de un modo general, en tanto que puede alcanzar conocimiento de las cosas particulares necesarias para la vida humana razonando a partir de los principios naturales. Pero no es posible a un hombre llegar al conocimiento de todas estas cosas por su propia razón individual. Es, por tanto, necesario para el hombre vivir en una multitud para que así cada uno pueda ayudar a sus compañeros, y distintos hombres puedan ocuparse de hacer, mediante la razón, distintos descubrimientos -uno por ejemplo, en medicina, uno en esto y otro en otro campo-" (Saint Thomas Aquinas, *On Kingship* trad. Gerald B. Phelan, revisado, introducción y notas por I. Th. Eschmann. O.P., [Toronto: Pontifical Institute of Medieval Studies, 1949], p. 5.

có fuera a la mujer con un atizador de fuego. Esto me sugiere que fue tentado.)

En una palabra, un régimen es más civilizado en la medida en que se basa más en la persuasión racional que en la coerción.¹¹ Este principio de la conversación razonada fue probablemente el que motivó la original exclamación de Lord Acton acerca del "primer *Whig*".

No tan casualmente, y siguiendo aquí a Aristóteles, Tomás también recomendó que la mente humana adoptara un régimen "democrático" para gobernar sus propias pasiones. Ni Santo Tomás ni Aristóteles aprobaban la imagen platónica de la mente dirigiendo las pasiones como un auriga maneja sus caballos al galope. Ellos pensaban más bien que las pasiones deben ser tratadas por el hombre de la manera en que un padre razona con sus hijos ya crecidos, y no como mandaría a sus sirvientes o esclavos. Las pasiones merecen ser escuchadas, aunque no siempre obedecidas. Si se las educa con buenos hábitos, bajo el suave gobierno de la razón temperada, las pasiones humanas no quedarían abandonadas a su propio arbitrio ni tendrían que ser brutalmente reprimidas. El nivel de civilización de un hombre se muestra en el grado en que sus pasiones han sido racionalmente persuadidas de concurrir a las necesidades de su mente¹². Nunca se ha dicho que los *Whigs* carecieran de altos ideales.

Segunda tesis: El ser humano es libre porque puede reflexionar y escoger. Consideremos la frase "El Dios que nos dio la vida nos dio la libertad". Las palabras son de Thomas Jefferson, pero la tesis es de Santo

¹¹El punto puede ser ilustrado por el lugar que Santo Tomás da a la razón en su exposición sobre el derecho. La ley no es en primer lugar compulsiva porque:

"[E]s algo que pertenece a la razón. Aunque ésta recibe su impulso de la voluntad, y puesto que sus medios están ordenados por los fines deseados, la voluntad de lo que se ordena debe estar regulada por la razón para tener la fuerza de la ley: esta racionalidad debe aparecer en el *dictum* de que la voluntad del príncipe tiene fuerza de ley; de otro modo sería ilegalidad y no ley." (Cf. *Philosophic Texts*, p. 354 [*Summa Theologica* Ia- 2ae. xc. I. c. y ad 3].)

¹²Tomás resume así su posición: "Consideradas en sí mismas como movimientos del apetito sensorial y no racional, las pasiones no son buenas ni malas, puesto que la moral depende de la razón. Están cubiertas por la moral en la medida que están sujetas al gobierno de la razón y de la voluntad" (*Philosophic Texts*, p. 296 [*Summa Theologica*, Ia-2ae xxiv. I].)

Tomás. Para este último, el hombre es la gloria del universo, una imagen de Dios en la tierra, hecho para ser como Dios en su libertad.¹³

Tomás contrastó la vida humana con las otras formas de vida que se pueden observar sobre la tierra. Los objetos inanimados son libres de ser movidos, como las piedras, pero mediante leyes de movimiento externas a su ser. La vida vegetal -encinas, flores, tomates- tiene un principio interno de movimiento; crece, pero su enraizamiento limita bástanle su movilidad. Los animales tienen un principio interno de movimiento y también libertad de locación; van y vienen buscando la satisfacción de sus apetitos sensoriales y emocionales. Pero los animales humanos tienen aún otro tipo de principio interno: su libertad para reflexionar y escoger entre diferentes fines que se les proponen y entre diferentes medios para llegar a esos fines. Santo Tomás dice así:

Una regla especial [de la Divina Providencia] se aplica al orden de las creaturas inteligentes. Porque superan a todas las demás en la perfección de su naturaleza y en la dignidad de sus fines: son dueñas de su actividad y actúan libremente, mientras que otras son más actuadas que actuates¹⁴.

Es por estas dos capacidades, la de reflexionar y la de escoger, que a los seres humanos se les puede considerar apropiadamente "creados a imagen de Dios". Ningún hombre, por cierto, ve a Dios. Pero, como está revelado en los Testamentos judío y cristiano, el Dios de la Biblia -a quien no podemos ver con nuestros sentidos ni imaginar en nuestra fantasía- tiene la capacidad de comprender y de elegir. Al crear una imagen de sí mismo, Dios hizo

¹³ Aquino escribe:

"Por naturaleza todos los hombres son iguales con respecto a la libertad, pero no en otros dones. Un hombre no está subordinado a otro como si fuera un instrumento de uso. 'En forma similar', al pecar, el hombre cae del nivel de la razón y en esa medida pierde la dignidad de la persona humana libre interiormente y existente por su propio derecho. Cae en la condición esclavizada de las bestias". (*Philosophical Texts*, p. 385, 389 (*Commentary, II Sentences*, XLIV i.3, ad I y *Summa Theologica*, 2a-2ae. Ixiv. 2, ad3)).

"El fin que es propio de una multitud de hombres libres es distinto del de una multitud de esclavos, porque el hombre libre es aquel que existe por su propio derecho, mientras que el esclavo, en cuanto tal, existe para otro. Por lo tanto, si el gobierno conduce a una multitud de hombres libres hacia su bien común, ese gobierno será bueno y justo, como conviene a los hombres libres". (*On Kingship*, p. 177).

¹⁴ *Philosophic Texts*, pp 355-56 (*Contra Gentiles*, III-16).

creaturas que buscan entender y saben escoger. Para Santo Tomás, la obra de Aristóteles es suficiente prueba de que no es necesario ser ni judío ni cristiano para deducir esto de la imagen creada, incluso aunque nada se sepa del Creador. La gloria de la creación -el ser humano- fue hecha para ser libre, y por tanto, responsable; y por tanto, digna de respeto: *dignus* .

Tercera tesis: Las instituciones políticas civilizadas respetan la reflexión y la elección. A mediados del siglo XIII, hablar de repúblicas democráticas en el sentido moderno era describir un régimen inexistente, y Santo Tomás no era ciertamente un utopista. Sin embargo -sostuvo-, así como las mentes bien ordenadas gobiernan a sus pasiones "democráticamente" y no "tiránicamente", así los monarcas pueden ser juzgados según el grado en que gobiernen tiránicamente o con el consentimiento, aunque sólo sea implícito, de sus subditos.¹⁵ Sería exagerado argumentar que Aquino, antes de Montesquieu y de Madison, había predicho la forma de las instituciones que podrían permitir la expresión rutinaria y regular de ese consentimiento. Sin embargo, Aquino validó, en efecto, la búsqueda de esas instituciones y anunció sus primeros principios. Insistió en su medida adecuada: las instituciones más civilizadas son aquellas que más dignamente acogen la capacidad humana de reflexionar y de escoger. Si las instituciones violan esa facultad humana, sufrirán por ello serias deformaciones.

Podemos ir aún más lejos. Santo Tomás estableció ciertos límites más allá de los cuales los agentes del poder (los monarcas) no podían ir. Ellos están sujetos a las mismas leyes de la naturaleza humana, a esa ley inscrita en el ser del hombre que fluye directamente del acto creativo eterno de Dios, por la imagen de Dios y su impronta en el ser del hombre. Tomás de Aquino no llegó a hablar de derechos inalienables, pero sí habló de leyes indelebles en el ser del hombre que todos deben respetar, incluidos los órganos del Estado. En un mundo tan marcado por el desorden como el de Italia, Francia y Alemania en el siglo XIII -tan caracterizado por esas enormes fortalezas que rodean pequeños islotes de civilización- Tomás estaba suficientemente consciente, sin duda, de ese primer imperativo de la civilización, es decir, el establecimiento del orden legal. A su entender, esto significaba que los gobernantes estaban sujetos a la ley, una ley superior a ellos; en la terminología moderna, "el imperio de la ley y no de los hombres". Tomás vio con

¹⁵A propósito de la base consensual del gobierno político, véase la afirmación de Tomás: "el gobierno de los tiranos ... no puede durar largo tiempo porque es odioso para la multitud, y lo que está en contra de los deseos de la multitud no puede preservarse en el tiempo". (*On Kingship*, p. 194).

suficiente claridad que las leyes positivas, las leyes formuladas por los gobiernos legítimos, representan reflexiones prácticas y aproximadas *hic et nunc* (aquí y ahora) respecto de cómo se expresa la ley natural en las circunstancias particulares. Dentro de estos límites, la ley positiva merece respeto y obediencia.

Sin embargo, las leyes positivas que se alejan de la naturaleza humana -y que se alejan de las leyes de la naturaleza y del Dios de la naturaleza- pueden y deben ser cambiadas; su autoridad es débil y en último término carece de fundamento. Dado el gran desorden de la época, Santo Tomás no pudo ser un predicador del caos revolucionario, menos aún de la anarquía. Sin embargo, justificó el derrocamiento de los tiranos¹⁶ cuando los abusos eran lo suficientemente flagrantes y cuando había realmente posibilidad de establecer un orden mejor. Para él, el fundamento de la ley es la capacidad humana de reflexión y de elección, la naturaleza racional del hombre. Por una parte, violar esa capacidad en nombre de la ley es despojar a esa ley de las exigencias inherentes a toda ley, las de obediencia y respeto. Por otra parte, la vida civilizada exige un orden. Sin autoridad, la vida cotidiana cae en la apatía, en una incapacidad para la acción común y finalmente en el caos. Debe existir un orden, pero no cualquier tipo de orden; solamente un orden razonable hace justicia a la dignidad de los ciudadanos. A diferencia de los modernos, Tomás de Aquino no argumenta a favor del orden a partir de la violencia del desorden (aunque ese argumento no le es desconocido), sino a partir de la tendencia humana a una conversación razonada al interior de una comunidad.

Cuarta tesis: La verdadera libertad es la libertad ordenada. La gloria del ser humano es la libertad personal: es decir, la libertad para escoger a partir de la reflexión y de una debida consideración. Escoger por mero capricho, deseo o inclinación, sin reflexionar, es vivir como lo hacen los demás animales. Puede observarse que entre todas las creaturas, sólo los humanos tiene la capacidad de escoger. Igualmente patente es el hecho que los hombres no siempre desarrollan y ejercen ese poder. El desarrollo de esa libertad especial -desde la potencialidad hasta su ejercitación activa- requiere de la capacidad de mantener un sentido de responsabilidad aun en el fragor de los acontecimientos. Esta capacidad, a su vez, depende de una

¹⁶Santo Tomás escribe: "Si el tener un rey pertenece al derecho de una determinada multitud, no es injusto que el rey sea depuesto o que su poder sea reducido por esa misma multitud, si él, haciéndose tirano, abusa del poder real". (Ibídem, p. 27).

panoplia completa de esas "fuerzas viriles" (las virtudes) que poseen los grandes guerreros: calma y visión clara en la batalla, dominio de las pasiones, sentido de proporción y capacidad de corregir las propias debilidades. A menudo nos cogen las pasiones o el letargo o el tumulto de las inclinaciones contradictorias. Colocar todos estos elementos bajo la influencia de la razón requiere de hábitos que protejan nuestras capacidades de reflexión y de decisión.¹⁷ Templanza, fortaleza, sentido de la proporción (justicia) y sabiduría práctica son los nombres de estas cuatro disposiciones centrales, características de la persona cuyas facultades de reflexión y de elección no encuentran obstáculos internos. Estos hábitos cardinales "ordenan" nuestra capacidad para la libertad humana. No son fáciles de desarrollar: en parte son un don y en parte se ganan a través del esfuerzo reiterado. Así, la conquista de la libertad personal requiere de una autoeducación en las "fuerzas viriles" (las virtudes) necesarias para la libertad ordenada: sin esos hábitos no hay libertad real.

En los Estados Unidos -la joven república *Whig*- el gran orgullo lo constituyó la legendaria "fuerza viril" (la virtud) de sus líderes, en especial George Washington, James Madison, Thomas Jefferson y otros, y también la virtud de su pueblo, al que se le pidió -algo sin precedentes hasta entonces-, reflexionar y deliberar acerca de la ratificación de la Constitución bajo la cual vivirían, y mantener esa virtud para proteger a la república de la autodestrucción que había terminado rápidamente con todas las repúblicas anteriores. La idea americana de libertad es la de una libertad ordenada. Está simbolizada por la Estatua de la Libertad: una mujer (el símbolo tradicional de la sabiduría, la Dama Filosofía) sosteniendo en alto, en una mano, una antorcha contra la tempestad de la pasión y contra la oscuridad de la ignorancia y el prejuicio, y en su otra mano, un libro con la inscripción del año MDCCLXXVI, en el que fue escrito "Sostenemos estas verdades..."

Quinta tesis: Los humanos son personas autodeterminadas y no meros individuos dentro de un grupo. Como "individuo", un ciudadano es sólo parte de un todo, y en este respecto se le puede pedir -con una razón suficiente- que dé su vida por el todo. Como "persona", un ciudadano es un sujeto autónomo que participa en la libertad propia del Creador y es, por consiguiente, un fin en sí mismo: un fin para el cual el mundo fue creado, y por tanto aún más valioso que el mundo. Al desplazar la atención desde el

¹⁷"La virtud - escribe Tomás - es un buen hábito"; y también "La virtud de los apetitos emocionales es su conformidad habitual con la razón" (*Philosophical Texts*, pp. 301-308 [*Summa Theologica* Ia-2ae. 1v. 3 e ibídem., Ia-2ae. 1vi. 4]).

individuo (simple miembro de una colectividad) hacia la persona (autodeterminada, un fin y no un medio), Aquino concluyó que las capacidades internas de las personas trascienden los propósitos y los poderes limitados del Estado. Desde un punto de vista puramente filosófico, cada persona tiene la responsabilidad de dirigir su propio destino. Desde un punto de vista teológico (judío y cristiano), cada persona ha sido creada para compartir la vida divina.

"En asuntos humanos", escribe Santo Tomás en */// Contra Gentiles* (80), "existe el bien común, el bienestar del Estado o nación, y existe asimismo un bien humano que no reside en la comunidad sino en la persona de cada hombre".¹⁸ Y en la *Summa Theologica* Ia. 29.2 dice: "Persona significa aquello que es más noble en la naturaleza",¹⁹ y dice también en */// Contra Gentiles*, 111-116:

Los hombres son principales, no meros instrumentos... La Providencia dirige a las creaturas racionales hacia el bienestar y el crecimiento de la persona individual y no sólo hacia el beneficio de la raza... Las acciones tienen un valor personal y no sólo desde o para la naturaleza humana... El propósito de la ley divina dada al hombre es guiarlo hacia Dios. La voluntad se inclina ya sea por amor o por temor. Pero hay una gran diferencia entre estos motivos. Cuando hay temor, la primera consideración no es el objeto amado en sí sino algo diferente, a saber, el mal que puede acaecer si él no está presente. Cuando hay amor, la unión es buscada por causa únicamente del amado. Lo que existe para su propio bien es más primario que lo que existe por una razón externa. De allí que el amor sea nuestro lazo más fuerte de unión con Dios, y esto, por encima de todo, es lo que busca la voluntad divina. El propósito de Aquel que da la ley es que el hombre ame a Dios".²⁰

En la perspectiva judía y cristiana, los humanos fueron creados para fines que trascienden el Estado o aún a la sociedad civil en este mundo. No importa cuán rica o poderosa pueda llegar a ser una sociedad ni cuán famosa, rica o exitosa pueda llegar a ser una persona; nada ni nadie encontrará sosiego

¹⁸ *Philosophic Tesis*, p. 390 (II *Contra Gentiles*, 80).

¹⁹ *Philosophic Tesis*, p. 392 (*Summa Theologica*, Ia. xxix. 2).

²⁰ *Philosophic Tesis*, pp. 356-7 (III *Contra Gentiles*, III-16).

sino hasta descansar en Dios. Ningún Estado o ninguna ley puede ser legítima si limita el libre ejercicio de esta búsqueda de Dios.

Sexta tesis: De acuerdo a la experiencia histórica existente hasta mediados del siglo XIII, cada uno de los tres grandes tipos de gobierno, la monarquía, la aristocracia y la democracia, tenía fallas tan graves que el "mejor régimen" digno de la persona humana parecía ser aquel que "combinara" los mejores elementos de los tres. Santo Tomás no inventó esta tipología, sino que la tomó de Aristóteles y de Cicerón, dándole su propio fundamento y forma de exposición. Cada ser humano, dadas sus capacidades de responsabilidad personal, debe participar responsablemente en la formación de un régimen político digno. Los regímenes políticos obtienen su autoridad de la sabiduría práctica que ellos encarnan, una sabiduría en la que participa cada ciudadano. Así, la justicia de los regímenes es medida por la razón humana. (En verdad, el hecho mismo del disenso explica por qué las tiranías, odiosas para muchos, no suelen tener larga duración).²¹ Para Aquino, este principio conduce a tres observaciones prácticas. El gobierno de un solo hombre fuerte es el mejor, pero se corrompe tan fácilmente derivando en tiranía, la peor forma de gobierno, que necesita de un control. Una aristocracia virtuosa puede controlar a un hombre fuerte y puede ayudar a mantenerlo, si no en la virtud, al menos en la búsqueda sabia del bien común por sobre el deseo de engrandecimiento personal. La legitimidad viene de la participación de todos los ciudadanos en elegir a su gobernante (y quizás en cambiarlo a intervalos regulares). En este punto es mejor dejar hablar a Santo Tomás por sí mismo:

Dos puntos deben observarse en relación a la constitución saludable de un Estado o nación. Uno es que todos deberían tener una parte de responsabilidad en lo que concierne al gobierno: esto asegura la paz y hace posible que el acuerdo plazca a todos y sea mantenido por todos. El otro punto concierne al tipo de gobierno; en este acápite el mejor ordenamiento para un Estado

²¹"Aquellos que son gobernados por el miedo se levantarán en contra de sus gobernantes si existe alguna vez la oportunidad de hacerlo impunemente, y se rebelarán contra ellos más furiosamente mientras hayan estado más sometidos contra su voluntad y sólo por temor, así como el agua contenida bajo presión fluye con mayor ímpetu cuando encuentra una salida (...). Por eso, el gobierno de un tirano no puede ser de larga duración". (*On Kingship*, p. 47).

o gobierno es que un solo hombre esté al mando, presidiendo con su autoridad sobre el resto, mientras que bajo él hay otros que tienen poderes administrativos, pero los gobernantes se deben a todos porque están elegidos por todos. Este es el mejor régimen, una buena combinación de los diferentes elementos de la monarquía, puesto que hay un solo hombre a la cabeza; de la aristocracia, puesto que hay muchos que tienen responsabilidades; y de la democracia, puesto que los gobernantes son elegidos desde y por el pueblo.²²

Antes de terminar, permítanme resumir nuevamente las seis tesis:

- La civilización es una conversación razonada;
- El ser humano es libre porque puede elegir y escoger;
- Las instituciones políticas civilizadas respetan la reflexión y la elección;
- La verdadera libertad es la libertad ordenada;
- Los humanos son personas autodeterminadas, no simples individuos (miembros de un grupo);
- Para protegerse de los abusos, el régimen más digno de la persona humana es aquel que combina elementos de todos los regímenes conocidos (la monarquía, la aristocracia y la democracia).

4. Un *Whig* en los principios, no en los detalles institucionales

Estas seis tesis de Santo Tomás (a las cuales se podrían añadir muchas otras y con más detalle) parecerían justificar que Lord Acton y Friedrich von Hayek se inclinasen a llamarle "el primer *Whig*". Cada una de esas tesis tiene su eco en la historia posterior, y a su vez indican que todavía hay mucho trabajo por hacer. Dicho trabajo incluye esfuerzos filosóficos (y teológicos) para esclarecer los fundamentos intelectuales de las sociedades libres de hoy. También implica mucho trabajo práctico para configurar instituciones sociales de manera tal que dichos principios puedan impregnarlas más poderosamente, haciéndolas más humanas, razonables y autocorrectivas.

Sin embargo, en el curso real de la historia de Occidente, en los grandes experimentos históricos que condujeron a nuestras sociedades liberales modernas, se rompieron los lazos intelectuales directos con estas seis

²² *Philosophical Texts*, p. 382 (*Summa Theologica*, Ia-2ae. cv. I).

tesis de Tomás. Aquino no fue muy leído -si es que fue leído- por Hobbes, Montesquieu, Locke, Rousseau y otros que tuvieron un papel tan importante en el escenario histórico de la filosofía política durante los tres últimos siglos. Esta ruptura ha tenido muchas consecuencias nocivas para nuestra cultura. En primer lugar, el proyecto ético de la Ilustración está actualmente en ruinas.²³ Por otra parte, la división entre filosofía secular y religión ha dejado a la mayoría de los fieles practicantes en el desamparo y ha aislado a los académicos e intelectuales.²⁴ Estas importantes grietas en nuestra cultura no auguran nada bueno para nuestra integridad cultural.

Por lo demás, sería erróneo no considerar la brecha enorme que se abre entre la articulación de los principios tomistas básicos y el descubrimiento de instituciones que realmente encarnen estos principios en la práctica. Como el mismo Aquino lo hizo notar en su *Comentario a la Política de Aristóteles* [I, lect..I]: "La ciencia práctica, a diferencia de la ciencia teórica, tiene por objeto actuar". Por esta razón Aquino incluye a la ciencia política entre las ciencias prácticas: "La comunidad política es un conjunto debatido y *moldeado* por la razón" (el énfasis es mío).²⁵ Este tipo de filosofía debe funcionar, y no solamente existe para ser admirada en ociosa elegancia.

Los *Whigs* modernos fueron más allá de Aquino y llevaron la filosofía política a la práctica. No fue Santo Tomás quien imaginó que los poderes Ejecutivo y Legislativo debieran estar limitados por una ley constitucional, interpretada por un poder Judicial independiente. Tampoco fue él quien imaginó métodos prácticos para reconciliar "energía en el Ejecutivo" con un Senado "aristocrático" y una Cámara de Representantes "democrática". Tampoco fue él quien pensó en la separación aún más fundamental de los "sistemas": el Estado limitado, flanqueado, por un lado, por un amplio sistema moral-cultural (compuesto por instituciones básicas tales como iglesias libres, prensa libre y asociaciones culturales libres de muchos tipos), y por el otro lado, por una economía libre.

Como advierte Thomas Gilby, Tomás de Aquino, en particular, nunca estudió historia económica, y esto implica una gran tarea pendiente para el pensamiento tomista. Tanto la experiencia histórica como su propio concepto

²³ Véase Alasdair MacIntyre, *After Virtue* (Notre Dame: University of Notre Dame Press, 1981).

²⁴ Véase William J. Abraham, "Oh God, Poor God: The State of Contemporary Theology", en *American Scholar* (otoño, 1989). Glenn Tinder ha sugerido un camino para soldar esta ruptura en nuestra vida pública en "Can We Be Good Without God?" en *Atlantic Monthly*, vol. 264, N° 6 (diciembre, 1989), pp. 69-85.

²⁵ *Commentary, I Politics, lect, I.*

de persona libre habían persuadido tempranamente a Tomás de la necesidad práctica de un régimen de propiedad privada. Pero su propio escepticismo respecto del dinero, el enriquecimiento y los mercados libres no hace de él un progenitor del capitalismo. En sus días, la mayor parte de la riqueza se adquiriría como botín o conquista o favor de los reyes y emperadores, y no a través del comercio, las manufacturas o los inventos. No vivió para ver la gran transformación económica de los tiempos modernos. De haberla visto, su estimación por la inteligencia práctica quizás habría sido aún más fuerte, percibiendo en ella la forma última del capitalismo.

Aún así, en lo que se refiere a la filosofía política, Tomás legitimó y honró lo que más tarde los *Whigs* asumirían como su vocación suprema. "La comunidad política", escribió Aquino, "es la construcción suprema de la razón", específicamente de la razón práctica: "Por tanto, la ciencia política debe ser el interés práctico principal y predominante, puesto que se ocupa del valor final y más completo en este mundo". La filosofía política "abarca toda la filosofía de la naturaleza humana".²⁶ Aquino piensa que la filosofía política es menos importante que el estudio de Dios, quien es el fin perseguido entre sombras por los ciudadanos y por la acción política. La filosofía política está bajo el juicio de Dios, y, sin embargo, es la más noble de las búsquedas en el orden mundano presente. Tomás confirió a sus sucesores *Whigs*, así, un alto honor y confirmó su nobleza.

Si bien llamamos a Santo Tomás en propiedad "el primer *Whig*", sería incorrecto menospreciar la gran originalidad práctica de aquellos *Whigs* que aparecieron en la historia cuatro o cinco siglos después de su muerte. Tenían mucho que inventar y lograr con su propio esfuerzo. Así es que no hay que dar a Santo Tomás más crédito del que merece, ni tampoco menos. El ayudó a establecer, y a justificar en el mundo cristiano, los valores *Whigs* de la libertad y el progreso institucional. Honró altamente la vocación política. Mantuvo unidos conceptos que muchos pensadores posteriores a él trataron como dicotomías: por ejemplo, conceptos tales como libertad y orden, persona y comunidad, conocimiento sensorial e inteligencia, pasión y virtud, tradición y progreso, el bien y el mal en el hombre, naturaleza y gracia y fe e investigación. En cada una de estas materias puede que haya sido el más profundo pensador de la tradición *Whig*. Al tratar de ahondar en las formulaciones intelectuales de esa tradición y, en particular, de establecer un puente entre las modalidades filosóficas y religiosas para tratar el tema de la libertad, no estaría mal comenzar con ciertas posiciones originales que están

²⁶ *Commentary, I Politics, lect. I.*

en Santo Tomás. La libertad, la tradición, el progreso institucional; estos tres principios *Whig* descansan en formulaciones importantes de su obra.

5. Hacia el futuro

En realidad, varios de los conceptos básicos de Santo Tomás están siendo revividos con fuerza hoy en día y es posible que adquieran aún mayor influencia en el futuro. James Q. Wilson ha hecho notar que uno de los más grandes acontecimientos intelectuales de los últimos veinte años ha sido el resurgimiento del concepto de "carácter".²⁷ Lo mismo puede decirse de aquellas virtudes que para Tomás y Aristóteles eran las principales salvaguardias de la libertad humana en la práctica, y que aparecen en ese sentido en los trabajos de Alasdair MacIntyre, Stanley Hauerwas y James Gustafson.²⁸ De hecho, parecería que la libertad humana es poco más que una nube de capricho, deseo e inclinación que la razón reflexiva debe iluminar como la llama de la Estatua de la Libertad, si se la disocia del ejercicio de la virtud y el carácter.

En segundo lugar, en la medida que las aproximadamente 165 naciones de este planeta se hacen cada vez más "interdependientes", el muy publicitado "relativismo cultural" de las últimas generaciones se acerca cada vez más a normas morales universales y planetarias. Si es inmoral practicar la tortura en Argentina, entonces también lo es en Uganda, en Siria y en la República Popular China. Si los ciudadanos de Hungría y Polonia reclaman sus "derechos inalienables" y rompen el monopolio del poder del Partido Comunista, entonces también las naciones bálticas, Ucrania, Armenia y otras repúblicas tienen derecho a hacer lo mismo. De este modo, los horribles abusos contra la persona humana ocurridos durante el siglo XX han llevado al surgimiento gradual de una condena virtualmente universal de ciertas prácticas.

Estas condenas pueden carecer por ahora de efecto práctico, a falta de sistemas regulares y rutinarios que obliguen a los estándares de conducta

²⁷ Cf. James Q. Wilson, "The Rediscovery of Character", en *Public Interest*, vol. 81 (otoño, 1985).

²⁸ Cf. MacIntyre, *After Virtue*; Stanley Hauerwas, *Vision and Virtue* (South Bend, Ind.: Fides/Claretian, 1974); y del mismo autor, *A Community of Character: Toward a Constructive Christian Social Ethic* (Notre Dame: University of Notre Dame Press, 1981); y James M. Gustafson, *Christ and the Moral Life* (Nueva York: Harper and Row, 1968).

proclamados. Sin embargo, los principios de lo que podría llamarse una ley natural universal obligatoria para todos los miembros de la especie (les agrade o no) parece estar suscitando un tenue pero seguro consenso. Quizás, y como confirmando a Tomás de Aquino, a Aristóteles y a Cicerón, no parece aventurado afirmar que están emergiendo -en espera de aparecer bosquejados en la conciencia humana como instituciones que funcionan- los rasgos básicos de lo que un día puede ser reconocido como la ley natural de una especie que respeta sus propias capacidades para una libertad ordenada.

En tercer lugar, desde un cierto punto de vista, la así llamada "crisis ecológica" parece haber moderado la arrogante pretensión de la Ilustración de que "el conocimiento es poder", o mejor dicho "meramente" poder. En primer lugar, el conocimiento es verdad. Es un respeto informado por la realidad y, sobre todo, por la interacción entre el sujeto cognoscente y lo conocido. A través del conocimiento, el alma humana está llamada a "no distanciarse de todas las cosas" como un observador separado y como un deseo de poder, sino a "hacerse una con todas las cosas" y a vivir en este mundo con ese conocimiento ordenado que es la sabiduría. La "crisis del medio ambiente" reclama un nuevo modo de relacionar el saber y el poder, el que se asemeja más al de algunos de los antiguos y menos al de los racionalistas modernos. Pero esto no significa tener menos conocimiento, sino más; no es un llamado a la irracionalidad y la nostalgia, sino a un ordenamiento más profundo y más sabio de los asuntos humanos.

Desde otro punto de vista, sin embargo, la actual "conciencia ecológica" exhibe todos los signos de una religión agnóstica. Como si hubiésemos sido testigos de la muerte del Dios verdadero, la Madre Naturaleza ha sido elevada ahora al rango de ídolo. A ella le rinden culto sus calculadores sacerdotes, los gurús del desconsuelo. Ante ella se espera que se arrastren los pobres de este mundo, puesto que el crecimiento económico debe sacrificarse ante sus altares.²⁹ Por otra parte, esta Madre Naturaleza aparece ahora embellecida y maquillada. Se olvida que a lo largo de la historia ha constituido una amenaza implacable a la vida humana a través de terremotos y huracanes, plagas y sequías, vientos pestilentes y aguas envenenadas. Esta diosa del nuevo fundamentalismo ha cobrado miles de vidas en el momento del parto, borrado ciudades enteras con la viruela, introducido la tenia solitaria en los vientres de los niños en la selva, y durante la mayor parte de la historia humana ha destrozado sin compasión vidas con su guadaña, manteniendo el promedio de vida bajo los 18 años. Frente a este nuevo fundamentalismo, la

²⁹Cf. Joel Schwartz, "The Rights of Nature and the Death of God", *Public Interest*, N° 97 (otoño, 1989), pp. 3-14.

tarea de los *Whigs* es, como siempre lo ha sido, defender la libertad, aprender del ensayo y del error y realizar sólidos progresos institucionales.

Después de todo, la temprana Edad Media se inició bajo un signo de amenaza y de condenación, y el papel del primer *Whig* fue calmar las pasiones febriles. Como lo hace notar Thomas Gilby: "La iconografía muestra a Santo Tomás calmo y tranquilo, con un libro sobre sus rodillas, sus dedos mostrándonos algo; no está proclamando, denunciando o retorciendo sus manos. Estaba singularmente libre de la queja del predicador que vive en tiempos difíciles".³⁰

La tarea de los *Whigs* en la historia no ha terminado en absoluto. Nunca terminará la construcción de instituciones dignas de hombres y de mujeres libres -una construcción que es soberana entre las ciencias prácticas-. Santo Tomás no estaba equivocado cuando pensaba, en el siglo XIII, que la peregrinación humana es una aventura con mucho quehacer por delante. Y tampoco lo estaremos nosotros. "La persona es aquello que es más noble en la naturaleza", escribió Santo Tomás.³¹ Y Jacques Maritain glosa aun otro de sus textos: "Por su libertad, la persona humana trasciende a las estrellas y a todo el mundo natural".³² Estos son sentimientos *Whig*, dignos de mantener y transmitir de una generación a otra. □

³⁰ Thomas Gilby, *The political Thought of Thomas Aquinas* (Chicago: The University of Chicago Press, 1958), p. 102.

³¹ *Philosophic Texts*, p. 392 (*Summa Theologica*, la . xxix. 2).

³² Jacques Maritain, *The Person and the Common Good* (Notre Dame: University of Notre Dame Press, 1972), p. 20.